

CENTRO DE ESTUDIOS E INVESTIGACIONES MILITARES

**PRIMERA JORNADA
DE
HISTORIA MILITAR
SIGLOS XVII-XIX**





10(682-26)

BIBLIOTECA NACIONAL



1070811

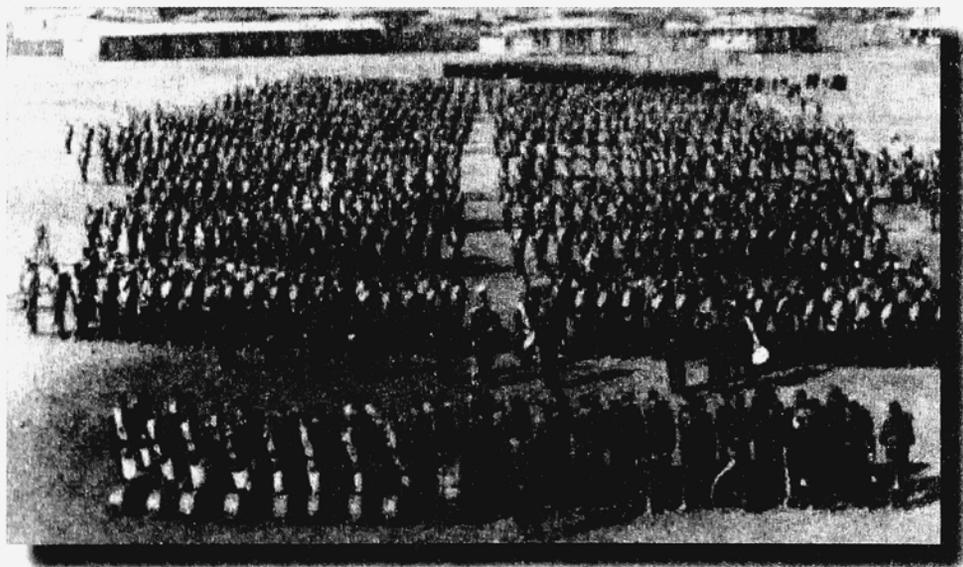
57853

Creado en 1994, el Centro de Estudios e Investigaciones Militares (CESIM) es un organismo del Ejército de Chile cuya función es dirigir y gestionar la investigación y extensión en el ámbito de las ciencias militares e ingeniería militar, con el objeto de fomentar el conocimiento y dar respuesta a los requerimientos sobre temas relativos a la seguridad y defensa nacionales.

Para desarrollar sus tareas académicas el CESIM cuenta con un Departamento de Estudios Militares, un Departamento de Investigación, un Departamento de Extensión y un Centro de Documentación, los que orientan su acción hacia áreas tales como: estrategia militar y defensa nacional, fuerzas armadas y sociedad, colaboración al desarrollo nacional, e ingeniería militar y desarrollo tecnológico.

PRIMERA JORNADA DE HISTORIA MILITAR SIGLOS XVII - XIX

Departamento de Historia Militar



Regimiento 5° de Línea, Antofagasta, 1879.

Primera Jornada de Historia Militar, Siglos XVII-XIX

© CENTRO DE ESTUDIOS E INVESTIGACIONES MILITARES (CESIM)
DEPARTAMENTO DE HISTORIA MILITAR DEL EJÉRCITO

Derechos reservados

Registro de propiedad Intelectual N° 141.482

I.S.B.N. 956-7527-27-X

1ª Edición, agosto de 2004

Santiago de Chile

Impreso en Chile / Printed in Chile

ÍNDICE

Introducción	7
El Concepto de Historia Militar Apertura, General de División Roberto Arancibia Clavel	11
El Ejército del Reino Julio Retamal Ávila	33
Influencia militar española en la formación del Ejército de Chile General de División Miguel Simón Contreras	41
Composición social del Ejército del Reino de Chile Juan Eduardo Vargas Cariola	89
El Ejército nacional en la Independencia Cristián Guerrero Lira	95
Plan de Defensa del Reino de 1810 Coronel Luis Rothkegel Santiago	105
El Ejército de los Andes Teniente Coronel Guillermo Horacio Lafferriere	123
La gestación del Ejército del Perú Percy Cayo Córdova.	141
Del soldado romántico al soldado profesional Enrique Brahm García	153
El Ejército en la Guerra Civil de 1891 Gonzalo Vial Correa	183
Palabras de cierre General de División Roberto Arancibia Clavel	195

EL EJÉRCITO EN LA GUERRA CIVIL DE 1891

GONZALO VIAL CORREA¹

Este trabajo trata de los efectos de la Guerra Civil de 1891 en el Ejército de Chile. Éstos son muchos y cada uno de ellos es muy extenso y complejo y además se relacionan con otros temas de la historia del ejército y de la historia de Chile. De modo que no puedo abarcar como quisiera la vastedad completa del tema y debo limitarme a tres de esos efectos, los que considero más importantes, y esos tres abordarlos en una forma un tanto sumaria, de modo que lo que voy a decir sirva de acicate para las reflexiones e investigaciones más profundas que ustedes puedan hacer.

Estos tres efectos son: primero, el de la guerra civil en la composición social del Ejército de Chile, en el origen social de la oficialidad; segundo, los efectos de la guerra civil en el proceso que corrientemente se llama de prusianización del Ejército de Chile, y tercero, los efectos que tiene la guerra civil en cómo el ejército ve la política chilena, o sea la perspectiva o la óptica del ejército para ver la política chilena, cómo es afectada por la experiencia de la guerra civil.

Empiezo por la composición social, el origen social del ejército en cuanto influido por la guerra civil, y esto me fuerza a adelantar una información muy conocida, que propiamente pertenece al tercer tema: "la relación del ejército con la política después de la guerra civil". Esta información es la relativa a la postura que tomó el ejército en la guerra civil. Como ustedes saben, las Fuerzas Armadas se dividieron en 1891 y por

1 Bachiller en Humanidades, Licenciado en Derecho de la Universidad Católica de Chile. Miembro de número de la Academia Chilena de la Historia, miembro correspondiente de la Real Academia de la Historia (España) y miembro de número del Instituto Panamericano de Geografía e Historia, Sección Orígenes de la Emancipación. Ha desempeñado una serie de cátedras universitarias, entre ellas: Historia del Derecho, Historia de Chile siglos XVI y XVII, Historia Social de Chile y América e Historia Contemporánea de Chile. Ha publicado una serie de libros, entre ellos: "Historia de Chile 1891/1973", de la cual han sido publicados cinco volúmenes; "1891 visto por sus protagonistas" (en colaboración); "Balmaceda y la guerra civil" (en colaboración); "Arturo Prat", "Jorge Alessandri Rodríguez (1896-1986). Una biografía" (en colaboración), "Historia del Senado de Chile" (en colaboración); "Chile (1541-2000). Una interpretación de su Historia Política", "Jaime Eyzaguirre en su tiempo" (en colaboración). Actualmente es Profesor de Historia Contemporánea de Chile en la Escuela de Periodismo de la Universidad Finis Terrae; De la Realidad Educacional de Chile en la Escuela de Educación de la misma universidad y del Diplomado de Historia Contemporánea de Chile del Departamento de Historia de la misma casa de estudios.

eso hubo guerra civil (las guerras civiles no son entre civiles, son entre facciones de las Fuerzas Armadas). La Armada estuvo con el Congreso, con los revolucionarios, más aún, la inició su alzamiento los primeros días de enero, a raíz de que el Presidente de la República declaró que no convocaría al Congreso para aprobar el presupuesto de 1891, sino que se regiría por el presupuesto de 1890. Fue ésta declaración y decisión del Presidente Balmaceda la que motivó que la Armada se alzara contra él, argumentado que se había puesto fuera de la Constitución. Y eso inició la guerra civil, y los que estaban detrás de esta acción, o sea los revolucionarios, la mayoría del Congreso, esperaban que el ejército hiciera lo mismo o que parte importante del ejército hiciera lo mismo, porque creían que se había comprometido a ello el general Manuel Baquedano, cuyo prestigio era legendario en el ejército. Pero o bien habían entendido mal al general Baquedano, o bien él no pudo o no quiso o no supo cómo cumplir este compromiso y no hubo ningún alzamiento dentro del ejército, ninguna unidad se pronunció por la revolución y el ejército siguió hasta el final del conflicto fiel y leal a Balmaceda. Entonces se produjo la guerra civil. ¿Por qué actuó así el ejército? El ejército actuó así porque estimó que era su deber profesional, constitucional y legal de acuerdo con la Constitución. Declaró el ejército: "Nosotros somos una institución profesional, apolítica, no deliberante y obediente, y de acuerdo con la Ordenanza del ejército vigente esa obediencia se manifiesta muy especialmente respecto al Presidente de la República". El nivel de obediencia de las Fuerzas Armadas, y por lo tanto del ejército, lo conectaba la Ordenanza del ejército directamente con el Presidente. "¿En qué situación estamos?" se preguntaba el ejército. "Tenemos un presidente legítimamente elegido y eso no lo discute nadie, ni siquiera los revolucionarios; su período no ha terminado y le debemos obediencia y esa obediencia la vamos a seguir prestando hasta que termine su período". "¡Pero es que el Presidente se ha salido de la Constitución!", alegaban los revolucionarios. "Con esta resolución sobre el presupuesto de 1891 se ha salido de la Constitución, así que ya no es legítimo; puede haber sido legítimo de origen, pero ya no es legítimo de ejercicio". "Ah!, sostenía el ejército, eso nosotros no podemos resolverlo; primero no podemos deliberar para resolverlo porque somos no deliberantes, y en segundo lugar, aunque pudiéramos deliberar, es una materia política sobre la cual nosotros tampoco podemos manifestarnos, ésa es una materia entre civiles, que la resuelvan los civiles, para eso tienen los instrumentos constitucionales y legales, no nos pidan ustedes deliberar sobre ella y mucho menos resolver sobre esa materia, no nos pidan sino que cumplamos nuestro deber

constitucional y el deber que nos impone la Ordenanza del ejército de obedecer al Presidente de la República”. El año 1890, en un acto público, el general más importante del ejército, que era el general Barbosa, pronunció un discurso en el cual está expresada esa tesis. “Los políticos –dijo– a sus puestos, los soldados al cambio de la guardia, la Constitución nos prohíbe deliberar y la ordenanza nos manda actuar, acatar y rendir ciega obediencia a las autoridades legalmente constituidas. El ejército no ha tenido y no tiene por qué medir situaciones más o menos difíciles, la ordenanza y la Constitución lo prohíben”.

Había en el ejército un grupo de generales que eran política y personalmente balmacedistas y que estaban en los puestos de mando más importantes, como el general Barbosa mismo, el general José Miguel Alzérrec, el general José Velásquez, el general Gana y otros. Pero el grueso de la oficialidad estaba efectivamente en la posición de que, podían ser en su fuero interno balmacedistas o antibalmacedistas, pero era un tema que no tenían por qué discutir, ellos lo que le debían era obediencia al Presidente de la República y así entonces el ejército obedeció al Presidente de la República durante toda la guerra civil, hasta el final. Ninguna unidad se levantó a favor de la revolución. Cuando la revolución se instaló en el norte lo hizo protegida por los cañones de la Escuadra. Ninguna unidad del norte se plegó a la revolución. Oficiales determinados –un centenar de oficiales de ejército– adhirieron a la revolución, pero para eso técnicamente tuvieron que desertar, abandonar el ejército y sus unidades y embarcarse clandestinamente hacia el norte.

Aunque parezca increíble, los oficiales de ejército tenían la ingenuidad de pensar que si triunfaba la revolución esto no iba a tener para ellos ninguna consecuencia. Bueno, triunfó la revolución. “¿Qué nos van hacer a nosotros? ¿Qué nos pueden reprochar a nosotros? Si nos hemos limitado a cumplir con nuestro deber profesional, con nuestra obligación de no deliberar, con nuestra obligación de no participar en política, con nuestra obligación de acatar la Constitución y la ordenanza que nos prescribe la obediencia al Presidente de la República”. Bueno, estos oficiales, que fueron casi todos, ciertamente no habían escuchado esa cuarteta española que oíamos siempre en nuestra infancia: “Vinieron los sarracenos, o sea los moros, /y nos molieron a palos,/ que Dios protege a los malos/ cuando son más que los buenos”. Eso efectivamente fue lo que sucedió. Terminada la guerra civil la oficialidad balmacedista fue lanzada implacablemente a la calle por centenares y procesada. Lo más

extraordinario de todo, procesada como si hubieran cometido algún delito. Perdieron sus carreras. Muchos, la mayor parte de ellos, cayeron en la pobreza, o aún en la miseria. Otros se exiliaron, ya sea para escapar de estas persecuciones o para encontrar trabajo afuera, especialmente en Argentina, y muy pocos, algunos sí, fueron reincorporados y cuando se reincorporaron lo fueron un tiempo considerable después y esto tuvo muchos efectos. Sin embargo, lo que me preocupa en este momento es que destruyó la clase social que había constituido hasta ese momento el ejército. Hasta ese momento el Ejército de Chile era un ejército formado en la guerra. En el siglo XIX el país había librado una serie de conflictos antes de la guerra civil, o sea había estado permanentemente en guerra durante todo el siglo: la Guerra de la Independencia, la Guerra contra la Confederación Perú-Boliviana, la Guerra de España, que también implicó una movilización del ejército; la Guerra del Pacífico, por supuesto, y durante todo el tiempo, durante todo el siglo y muy en especial apenas liquidada militarmente la Guerra del Pacífico, la guerra en Araucanía. Entonces se había formado un ejército de guerra, un ejército que tenía una gran experiencia bélica y muy poca formación profesional. Se había formado en la guerra, ésa es la diferencia entre el ejército del siglo XIX y el ejército del siglo XX. El ejército del siglo XIX se improvisó, hizo la guerra improvisadamente, experimentalmente la ganó y no tuvo una gran formación profesional. En cambio el ejército del siglo XX tuvo una gran formación profesional que comenzó poco antes de la guerra civil y no ha tenido guerras justamente porque su existencia y eficacia es la que ha prevenido que se den. No tiene experiencia de guerra, tiene formación de guerra. El ejército del siglo XIX era al revés, no tenía una formación de guerra sino en la experiencia, pero ésta era enorme, y esta experiencia había conducido a que hubiera familias militares, tal como las hay ahora, pero de otra naturaleza, porque eran familias cuya tradición familiar era la guerra y eran las que constituirían la oficialidad de 1891. Esas familias no fueron eliminadas totalmente del ejército, pero en gran medida desaparecieron del ejército. En el siglo XIX había apellidos que eran tradicionalmente de militares. Por ejemplo, los apellidos Barbosa, Baeza, Yávar, Palacios, etc. Entonces la guerra civil destruyó estas familias militares, que eran familias de guerra y que constituían la oficialidad del ejército de Chile, y se perdió esa tradición militar de familias de guerra.

¿Qué grupo social formaban estas familias en los términos modernos? Desde luego no eran pueblo. Podría considerárselas quizás una alta clase media. Pero creo que no era así, en verdad eran una aristocra-

cia, aunque una aristocracia con ciertas características. Primero, era de provincia; segundo, no era rica, no era de fortuna, porque la profesión militar no es una que haga grandes fortunas por lo general; y tercero, eran familias en verdad aristocráticas de la aristocracia de provincias y sólo con el tiempo se fueron separando de la aristocracia santiaguina, porque la aristocracia capitalina las excluía, primero, porque eran de provincia; segundo, porque no eran ricas, y tercero, porque eran profesionales. Los profesionales en el siglo XIX no formaban parte de la aristocracia, sólo el abogado era un profesional aristocrático. Entonces, esta clase que fue destruída por la guerra civil tenía esas características, una aristocracia provinciana, profesional, no de gran fortuna y separada de la aristocracia que se llamaba a sí misma “la aristocracia” y que se iba a transformar en la oligarquía justamente por el parlamentarismo, por los resultados de la guerra civil. Quiero darles un ejemplo, sólo para aclarar este punto, que es justamente el del general Barbosa. El general Barbosa era hijo de un militar de la Guerra de la Independencia que había estado en todas sus acciones, y que después había servido con don Manuel Bulnes especialmente en las operaciones contra los Pincheira. Era un hombre de Ñuble. Ñuble y Concepción eran las grandes provincias de la clase guerrera. Se casó con una dama aristocrática de Chillán, doña Dolores Puga, y de allí nacieron tres hijos militares: el futuro general Orozimbo Barbosa, y sus dos hermanos, que sólo llegaron a coroneles, pero uno de ellos fue padre de dos generales. Orozimbo Barbosa hizo una campaña prolongadísima. Su vida fue una campaña, hasta morir, en Placilla. Estuvo 35 años en el ejército. Participó en la guerra contra España y en la Guerra del Pacífico, en Tacna. La acción de Orozimbo Barbosa en Tacna es considerada por los analistas militares como decisiva. Estuvo en Arica, en Chorrillos, en Miraflores. Era el favorito del general Baquedano. ¿Con quién se casó?; con doña Corina Baeza Yávar. Ella era militar por todos lados, por donde se mirara, y sus cuatro hermanos eran oficiales de ejército. Cuatro cuñados del general Barbosa eran oficiales de ejército. ¿Qué pasa, por ejemplo, cuando en Chorrillos el general Barbosa carga, hombre de caballería, carga a la cabeza de su regimiento, de su unidad? Bueno, también cargan en Chorrillos su suegro, su cuñado, su concuñado, su primo político y varios parientes más, todos combatiendo en Chorrillos. ¿Y cuál es el destino de esta familia militar después de la guerra civil? El general Barbosa muere en Placilla combatiendo a sable; en realidad es difícil decirlo en batalla, se puede decir que es asesinado, muere como consecuencia de la batalla, pero no en un acto de resistencia que tuviera cierto sentido, él de resistir y los demás de

matarlo, es una muerte apasionada al final de una batalla. Ninguno de sus hijos va a ser militar. Van a ser algunos muy distinguidos. Uno, un gran político balmacedista, Enrique Barbosa. Sus cuatro cuñados van a ser expulsados del Ejército, van a perder su carrera. Sólo uno será reincorporado al cabo de unos años y su mujer se exilia en Argentina y no vuelve más, no quiso volver más a Chile. Éste es el primer gran efecto de la guerra civil en el ejército de Chile. Socialmente desaparece la clase o el grupo de familias tradicionales, guerreras, no militares solamente, sino guerreras, que era hasta ese momento la espina dorsal del ejército. Desaparece por esta circunstancia que les he señalado. ¿Y cómo va a ser reemplazada esa clase o ese grupo o esa tradición familiar? Va a ser reemplazada desde dos ángulos. Por una parte muchos revolucionarios que habían participado en la guerra civil y que habían formado parte del ejército revolucionario por convicciones políticas, se quedan en el ejército y continúan su carrera y hay en eso por lo menos dos grandes generales muy conocidos: el general Patricio Larraín y el general Luis Briebe. Don Luis Briebe es un militar y muy respetado, que llega al más alto cargo del ejército, que en esa época es el de Inspector General. Un hombre que goza de universal prestigio en el ejército. Pero el general Luis Briebe era un funcionario de Aduana de Pisagua, al iniciarse la guerra civil.

Entonces con un teniente y con otros revolucionarios se las ingeniaron para dopar o sea narcotizar en una casa de fiesta de Pisagua al Jefe de la Guarnición y entregar el puerto a una nave de guerra revolucionaria, la Magallanes, que estaba a la espera de este acontecimiento. Ahí comienza la carrera militar del general Briebe, que fue un hombre importante en el ejército, y así hubo otros civiles que entraron a la guerra por el bando revolucionario y que terminado el conflicto siguieron su carrera militar y a ellos se agregan aquellos oficiales de los que les hablaba al comienzo, que “desertaron” del ejército de Balmaceda y se unieron a las fuerzas revolucionarias. También hubo allí oficiales de inmensa importancia futura en el ejército. El general Boonen, desde luego; el general Roberto Silva Renard, el del famoso enfrentamiento de Santa María de Iquique; el general Vicente Palacios, el general Roberto Wood, y éstos eran como un grupo selecto y privilegiado dentro del ejército, porque eran generales que habían sido antibalmacedistas y eran los antibalmacedistas los que habían ganado. ¿Y cómo se llenó el resto de las plazas de oficiales? Se llenó en verdad con clase media, pero francamente clase media. Los que entraron al ejército en adelante eran personas de franca clase media, no ya de una

clase semi media, semi aristocrática de provincia, sino de personas de franca clase media.

Hay que considerar que durante muchos años después de la guerra civil hubo una diferencia social entre el ejército y la armada, porque la armada había ganado la guerra civil y el ejército la había perdido. Entonces la armada fue mucho más estimada social y económicamente que el ejército y por muchos años, hasta los años 20, oficiales que tenían distinta denominación por supuesto, pero que tenían grados paralelos, en la armada ganaban más que los del ejército. Entonces se producía que postulaban más personas de ciertos medios de clase social superior a la armada que al ejército.

Un caso muy claro es el general Ibáñez y del almirante Marchant, dos muchachos adolescentes del liceo de Ñuble que van a Santiago a postular a la armada y queda aceptado Marchant, porque pertenece a una categoría social superior; en cambio Ibáñez, un hombre muy parecido a esto que hemos hablado de aristocracia de provincia, no es aceptado en la armada y por eso entra al ejército. Entonces se produce en el ejército, como efecto de la guerra civil, este cambio en la composición social. El ejército pasa a ser socialmente distinto de lo que era hasta la guerra civil. Incluso estos oficiales que habían sido antibalmacedistas, sea que ya estuvieran en el ejército y fueran oficiales de carrera, o que fueran civiles que entraron al ejército a favor de la revolución, y que después siguieron en él, porque les gustó la carrera, éstos al llegar al generalato producen uno de los fenómenos más graves de los años 20, que es una causa de los movimientos de los años 24 y 25, que es el fenómeno de “tapar” el “tiraje de la chimenea”, porque como eran personas muy estimadas por el rol que habían cumplido en la revolución y con muchas relaciones sociales, bueno no se retiraban nunca y se producía el fenómeno de que los rangos inferiores no subían.

Este es el primer cambio que se produce en el ejército con motivo de la guerra civil. El segundo cambio es acelerar la prusianización. La prusianización es el acomodo del Ejército chileno al modelo del Ejército de Prusia, o sea al Ejército del Imperio alemán. La tradición militar chilena era francesa, con los recuerdos de las campañas napoleónicas. En la segunda mitad del siglo XIX sólo algunos entendidos sabían que se estaba formando un ejército nuevo, que era el Ejército de Prusia, en que había por supuesto una gran tradición militar. Pero también había esto que para

entonces era una novedad; que el militar era un profesional que hacía estudios sistemáticos y que la guerra era una ciencia que tenía sus reglas y que podía estudiarse. Todo esto explotó y fue universalmente sabido con la victoria de Prusia sobre Francia en el año 1870. Este movimiento llegó a Chile a mediados de los años 80 con el Presidente Santa María, cuando se contrataron oficiales en Alemania para instruir al ejército, y el principal de estos oficiales fue Emilio Körner. Él empezó el proceso de modernización del ejército chileno. Transformó la Escuela Militar, creó la Academia de Guerra y dio gran importancia al Estado Mayor General. Pero tropezó con grandes dificultades en su trabajo, Körner y también todos los que entonces se llamaban alemanes o prusianos, algunos de los cuales eran perfectamente chilenos, por ejemplo el gran lugarteniente de Körner era justamente Jorge Boonen Rivera. ¿Con quién tropezaba? Tropezaba con los viejos generales, que no eran poca cosa, porque ellos decían: “¿Qué nos vienen ustedes a enseñar cómo ganar guerras, si nosotros no hemos hecho más en nuestra vida que ganar guerras, nosotros, los generales de la Guerra del Pacífico?”. Esta resistencia se acentuó enormemente y en esta resistencia “Körner y los suyos” (simplificó al decir Körner por el papel que va a jugar después) tuvieron siempre el apoyo del Presidente de la República, primero de Santa María y después muy especialmente de Balmaceda. Hubo un incidente famoso en que Boonen, o sea el hombre de confianza de Körner, en una repartición de premios en la Academia de Guerra pronunció un discurso en que atacó directamente a los que se oponían a las reformas militares. Dijo: “Como sucede en todas partes y con toda idea nueva, las instituciones nuevamente formadas han tropezado en los comienzos de su carrera con obstáculos suscitados los unos por la resistencia que toda innovación tiene que afrontar y los otros por la estrechez de miras de aquéllos que, desconociendo la importancia de la instrucción o refractarios a toda idea de progreso, luchan por la desaparición de esas nuevas entidades. Entre éstas la Academia de Guerra, con el fin de nivelar en la común ignorancia a los que con mal decidido empeño tratan a fuerza de trabajo y estudio de abrirse paso a los puestos superiores del ejército”.

Ustedes se imaginarán la furia de los generales presentes al oír a un oficial de grado medio atacarlos de esa manera. Inmediatamente después se llenó la oficina de la Academia de generales que venían a pedirle a Balmaceda que sancionara a Boonen. Balmaceda dijo: “Miren, no puedo hacerlo, porque el Ministro de Defensa que está a mi lado, Julio Bañados, y yo acabamos de felicitar a Boonen por su discurso”. Balmaceda apoyó

mucho a Körner, pero cuando se fue acercando la guerra civil Körner se dio cuenta, un hombre muy frío Körner, de que estos generales enemigos de él y enemigos de las reformas, enemigos de la prusianización, digamos, “los viejos cracks”, los grandes generales de la Guerra del Pacífico eran el apoyo fundamental de Balmaceda; eran Barbosa, Alzérreca, Gana y Velásquez. Entonces si esa influencia prevalecía, él iba a perder la batalla, su batalla, y cuando estalló la guerra civil, Körner hizo una cosa que incluso le mereció una crítica directa del Emperador, el Kaiser. Ningún oficial alemán, ni siquiera los dos ayudantes alemanes de Körner, se pronunciaron en la guerra civil. Todos dijeron: “Nosotros no somos chilenos, estamos aquí bajo contrata, no tenemos por qué meternos en un asunto que no nos corresponde”. Körner fue el único que inmediatamente se fue con la revolución. El Kaiser se molestó con eso y le hizo llegar una censura a Körner, que claro, cuando Körner ganó la guerra civil, se transformó en una condecoración, porque los países tienen que gobernarse por sus intereses, no por sus sentimientos.

Körner fue el hombre clave del bando revolucionario en la guerra civil e inmediatamente después de la guerra civil tuvo su gran choque con el general Estanislao del Canto, que era también un hombre de la vieja guardia, y ganó Körner y del Canto se fue a retiro. Entonces Körner durante 10 años hizo y deshizo en el ejército y lo conformó estrictamente al modelo alemán hasta los menores detalles, hasta en detalles bastante ridículos, como que el profesor de baile de la Escuela Militar era un oficial alemán, u otro detalle, por ejemplo, el uniforme chileno era exactamente igual al uniforme alemán, hasta el punto de que en una recepción diplomática en Londres el agregado militar de Alemania en 1909, al ver llegar al agregado militar chileno vestido exactamente igual que él, creyó que se estaba riendo de él y se retiró indignado de la reunión. Y don Arturo Ahumada, después general, cometió el disparate de ir a inspeccionar Bélgica recién ocupada por los alemanes en la Primera Guerra Mundial, vestido con su uniforme chileno, y lo recibieron de la forma más indignada. O sea, el ejército chileno de ese momento se prusianizó absolutamente. Esto por la decisión de Körner de irse con el bando que ganó. Probablemente el fenómeno hubiera seguido, pero no en las dimensiones que tomó, porque hasta el año 1906 Körner hizo lo que quiso en el ejército y cuando lo alejaron fue por una generación de oficiales que pintorescamente opinaban que Körner no era suficientemente alemán, porque Körner había construido un Estado Mayor que dirigía al ejército en forma total, es decir, no se movía un oficial, ni un cañón, ni un rifle que no pasara por el Estado Mayor.

En cambio, en Alemania se había producido un sistema que, conservando la importancia del Estado Mayor, daba a las divisiones una gran autonomía. Entonces, para implantar ese sistema por encima de Körner, se aprovechó una ausencia suya a Alemania. Cuando volvió se encontró en cierto modo “bypaseado”. Se retiró, se fue a Alemania en 1910 y murió más o menos en 1920. Este es el segundo efecto importante de la guerra civil en el Ejército de Chile, la aceleración y profundización y falta de discusión respecto a instaurar el modelo alemán. Eso tiene otras causas también. Por ejemplo, que en este período Chile estuvo dos veces al borde de la guerra con Argentina, el año 1898-1899 y el año 1901-1902. Entonces Körner y el ejército que habían sido preparados eran elementos esenciales para el conflicto y por consiguiente Körner tenía una importancia enorme y estaba muy deseoso de la guerra, porque, bueno, él era un profesional, él quería hacer funcionar su instrumento. Hasta el punto que, se dice, cuando Federico Errázuriz le comunicó que había llegado a un acuerdo de paz con Argentina, Körner lloró, porque no iba a ver el fruto de sus esfuerzos.

Desde que se produjo el desenlace de la guerra civil, el ejército quedó con la sensación de que no podía prescindir de la política. Ésa es la verdad, o sea la experiencia que había pasado el ejército con la guerra civil de haber adoptado una posición legalista y que hubieran llegado los sarracenos y los hubieran molido a palos, esa experiencia indudablemente influye sobre el ejército, porque el ejército cambia completamente de postura y desde el año 91, estrictamente desde el año 91, la que se llamó “la conspiración de las cafeteras”, en que intervino parece el general Del Canto, hasta el año 32, con los “cuartelazos” de la República Socialista, durante esos 30 años el ejército estuvo interviniendo constantemente en la política chilena, o sea el ejército en verdad abandonó completamente la prescindencia que había observado hasta 1891 y sólo volvió a ella después del año 32.

Los cuarenta años siguientes de prescindencia, son efecto de la reacción de rechazo que en verdad sufrió el ejército bastante injustamente a raíz de la presidencia Ibáñez y del período de anarquía, la república socialista, etc., que siguió a la presidencia de Ibáñez. Ahí el ejército sintió que había actuado en política de buena fe, un poco forzado por las circunstancias, y que ahora la civilidad que lo había impulsado actuar en el año 24 y 25, indudablemente le devolvía la mano con injusticia. Pero los años 24 y 25, la presidencia de Ibáñez entre 1927-1931, el golpe militar que trae la república socialista y los golpes que siguen, que ya no son

golpes, sino “cuartelazos”, hasta la reposición del régimen constitucional en la segunda presidencia de Alessandri, eso es un intervencionismo uniformado muy visible, pero ya antes las Fuerzas Armadas habían tenido varias intervenciones, aunque casi siempre relativamente discretas. Voy a citar solamente dos. Primero, la Liga Militar, que debió haber dado un golpe en el año 1912, en que había una gran desilusión pública con el parlamentarismo. Se consideraba que el parlamentarismo ya había tocado fondo en materia de corrupción. Justamente ése era el sentimiento público y además los militares se sentían muy postergados. Entonces una institución que habían empezado con fines más bien académicos y mutuales, que era la Liga Militar, se fue deslizado hacia la posibilidad de dar un golpe militar en 1912 contra don Ramón Barros Luco, que en realidad parecía la encarnación viva del parlamentarismo y del no hacer nada en circunstancias que la sociedad estaba reclamando que se hiciera algo. El Presidente de Chile iba a ser un civil impuesto militarmente, de gran prestigio en el ejército, que era don Gonzalo Bulnes, hijo del general Bulnes y además historiador militar destacadísimo. Don Gonzalo Bulnes aparentemente aceptó en principio, pero después, en el momento digamos cumbre, y se dice que luego de unas conversaciones con el Arzobispo de Santiago don Crescente Errázuriz, don Gonzalo Bulnes dijo que no, que él no participaba en la empresa o aventura, y ahí se perdió la primera posibilidad de que hubiera un golpe militar antes de 1924. Y la otra gran conspiración militar de estos años es lo que se llamó el complot de Armstrong, con el general Guillermo Armstrong. Fue un complot, en el año 1919, que abarcó una cantidad muy grande de oficiales y no sólo del ejército, sino que en menor número también de la armada, y tiene su origen remoto en la revolución rusa del año 1917. La Revolución Rusa de 1917 produjo en la sociedad chilena el temor de que se reprodujera aquí un fenómeno parecido, de ahí surgió el complot de Armstrong que fue deshecho y sus responsables castigados.

El tercer gran efecto para mí de la guerra civil en el ejército es, en mi opinión, que se dice: “Mire, en caso de amenaza de un conflicto interno, que es algo muy relativo y muy elástico, una situación social muy delicada, yo no puedo mantenerme al margen, o sea yo tengo un papel político que cumplir en caso de una circunstancia social extrema. Tengo que cumplirlo, primero, porque es mi deber, y también porque si no voy a tener que pagar las consecuencias, como nos ocurrió en la guerra civil de 1891”. Y eso es exactamente lo que dice el último párrafo de la doctrina Schneider, que es también una tradición del ejército.